

Bibliografía

POLITICAS DE DESARROLLO REGIONAL EN MEXICO

Desarrollo económico regional: enfoque por cuencas hidrológicas en México, DAVID BARKIN y TIMOTHY KING, Siglo XXI Editores, S. A., México, 1970, 267 pp.

Es ésta una obra importante hecha al alimón por un economista de la Universidad de Yale y por otro de la de California. Fue producto de sostenidos esfuerzos, realizados en el curso de seis años, con el apoyo financiero de ocho instituciones culturales de Estados Unidos y con la ayuda del Centro de Economía Agrícola de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo. Cada uno de los autores trabajó por cuenta propia y elaboró su tesis doctoral. Los dos trabajos sirvieron luego para conjuntar el libro, materia de esta reseña.

Trata la obra los problemas de la evaluación de proyectos con multiplicidad de objetivos, los efectos regionales y nacionales que tales proyectos pueden provocar cuando se integran con base en las cuencas hidrológicas, como ha ocurrido en México, y da una visión general de los antecedentes, trabajos, costos y resultados de las comisiones establecida en algunas de las cuencas hidrológicas del país. Por último, presenta el historial detallado de uno de esos organismos, la Comisión del Tepalcatepec, con un enfoque crítico que intenta rebasar el marco puramente económico del análisis, a fin de apreciar las múltiples dimensiones y efectos varios del fenómeno estudiado.

El propósito capital del libro —dicen Barkin y King— es examinar los intentos del Gobierno mexicano por reducir la desigualdad del crecimiento económico regional, mediante cuantiosas inversiones en las cuencas hidrológicas. Aunque la primera parte se debe fundamentalmente a King y la segunda a Barkin, ambos advierten en el "Prefacio" que las discusiones para revisar el material, las ideas agregadas, las supresiones, los nuevos datos, todo, en fin, lleva a considerar al libro "como un esfuerzo común", incluso si no fue posible unificar los diferentes "estilos de redacción". Tal modalidad de elaboración impuso ciertas repeticiones y diferencias de matiz, así como algún desfasamiento entre las concepciones más *economicistas* de la primera parte y el tratamiento algo más amplio, desde el punto de vista social, de la segunda.

En cuanto a la unidad de los "estilos de redacción", los

autores pueden estar tranquilos. Si acaso tal problema se advertía en la versión original, el traductor (Sr. Roberto Reyes) logró minimizarlo al preparar la edición en español. Por desgracia también cabe imputarle que abundan en el libro los ejemplos de un mal castellano. Para muestra basten los siguientes "botones": Empleo anglizante e incorrecto de las palabras *alternativa* y *diferencial*, en tantas oportunidades que sería tediosísimo citar las páginas. Traducción servil de expresiones inglesas: *under* Porfirio Díaz por *bajo* Porfirio Díaz (pp. 53 y 54); *a number of...*, que lo lleva al extremo de escribir: "...se construyeron un número de pequeños proyectos..." (p. 133), con lo que a la deficiente traducción añade la falta de concordancia. Uso de *indio*, en vez del gentilicio correcto *hindú* (p. 39). Abundancia de formas, como la voz pasiva y el gerundio, que si en inglés son usuales, en español resultan chocantes, por decir lo menos. He aquí un solo ejemplo: "Elaborando sobre un análisis similar a la teoría de base-exportación, otros autores han proseguido para discutir el grado en que..." (p. 10).

Si, como teme José Emilio Pacheco, alguna vez llegamos en México a hablar *espanglés* o *angloñol*, no cabe duda —a la vista de los ejemplos anteriores— que el traductor del libro que se comenta y la editorial que lo sacó a la luz sin revisarlo, tendrán el dudoso honor de haber contribuido con su granito de arena al desafortunado proceso de corrupción de nuestro idioma.

Comienza la obra con el tema de la política del desarrollo regional en los países menos avanzados. Los autores parten de una idea central: la inequitativa distribución en el espacio de los efectos del desarrollo económico, desigualdad que es "en mayor o menor grado, inevitable". Hacen luego referencia a los precios que reflejan la escasez relativa de los recursos naturales y de los talentos como "casi el único mecanismo" inventado para asignar éstos a los "usos más productivos" (p. 4). En seguida se advierten dos cosas: a) que no se afirma que el libre juego del mecanismo del precio lleve por lo general a la distribución óptima de los recursos; b) que no se postula la abstinencia estatal en la corrección de las desigualdades regionales. A la luz de estas aclaraciones se antoja inútil la afirmación inicial. A mayor abundamiento, del estudio pormenorizado de las experiencias en la cuenca del Tepalcatepec, que se lleva a cabo en los capítulos V, VI y VII, surge con toda claridad una concepción diferente. Por una parte, cuando se trata de analizar las disponibilidades presentes o futuras de la sociedad, no son del todo equiparables los recursos naturales y el talento. Por otra, el desarrollo económico y social y sus modalidades distributivas constituyen un fenómeno polivalente y extremadamente complejo; por ello, cas

siempre resultan insuficientes los mecanismos del mercado y los criterios meramente económicos de productividad para producir transformaciones que signifiquen mejoras desde el punto de vista de la sociedad en las existencias de todo tipo de recursos. Así, la referencia mencionada es tanto más sorprendente cuanto que en el resto de su excelente trabajo se esfuerzan los autores, consiguiéndolo las más de las veces, por enriquecer su análisis con dimensiones sociales, políticas y del campo específico de la cultura.

Continúa el capítulo con la mención de las preocupaciones que mueven a los gobiernos en sus acciones de desarrollo regional. Se señala cómo suele atribuirse más importancia política a las disparidades del ingreso *per capita* entre regiones que a las que existen entre clases o estratos sociales. A veces, el propósito de la política regional puede ser el de "evitar la impresión" de que se excluye del progreso general a cierto grupo. Otros objetivos señalados son aumentar la población y el producto regionales, reducir la congestión de zonas urbanas e industriales cuando las deseconomías de la aglomeración superan a las ventajas y, ligado con éste, disminuir la corriente migratoria que alimenta a los cinturones de marginados urbanos. Una sección se dedica a tratar las diferencias "de grado y especie" entre el desarrollo regional y el de la nación en su conjunto. Otra examina los tres enfoques de la política regional, según el papel que desempeñen los sectores público y privado.

El resto del primer capítulo se consagra a las dificultades que plantea la evaluación de proyectos: la influencia —benéfica en ocasiones— de la incertidumbre, el problema de los precios, la medición de los beneficios, el manejo de objetivos múltiples, los efectos inducidos de la inversión, hacia atrás y hacia adelante, la actualización de los valores mediante tasas de descuento, el cálculo de tasas de rendimiento y otras. Este capítulo es valioso no sólo por la importancia de los temas examinados, sino porque constituye un marco de referencia para los demás asuntos que se abordan en el libro.

El capítulo II bosqueja "los principales rasgos del patrón de desarrollo regional" de México con una perspectiva histórica que, aunque esquemática, resulta útil e informativa. Se comienza con la afirmación de que el tamaño del país y su gran diversidad geográfica hacen casi inevitables "los niveles desiguales de desarrollo económico regional y de tasas de progreso". Esta aseveración tiene respaldo en un examen de las características físico-geográficas del territorio y de su influencia en las pautas del asentamiento demográfico y de las actividades económicas. Los autores hacen observaciones atinadas sobre los núcleos indígenas no incorporados. Al referirse a los problemas regionales desde 1821 hasta 1947 tienen aciertos dignos de nota, aunque resulta notable la "delicadeza" con que tocan el tema de la colonización de Texas, a la que califican de exitosa (p. 53), y de las agresiones imperialistas padecidas por México, a las que llaman "guerras extranjeras" (p. 53).

Con apoyo en los conocidos trabajos de López Malo, Yates, Zamora y Bassols, se caracterizan las pautas recientes del desarrollo regional y se examinan las tendencias del proceso acumulativo de concentración industrial. A la pregunta de si existen fuerzas que disminuyan tal proceso se responde en extenso, mediante el estudio de los factores que lo han propiciado y de los que lo han frenado en el país, especialmente en el valle de México y en las zonas fronterizas. En relación a esto, plantean los autores la posibilidad de cobrar a los recién llegados a una zona de atracción, sean personas físicas o empresas, "algo parecido al costo marginal" de proporcionarles agua y otros servicios municipales, con lo que acaso disminuyese la tendencia aludida.

En el capítulo III se intenta un análisis de "los motivos reales que están detrás de la política regional mexicana". Reconocen los autores tres tipos de razones que fundamentan los esfuerzos gubernamentales en pro del desarrollo de las cuencas hidrológicas: necesidad constante de aumentar la producción agrícola; necesidad de producir más energía hidroeléctrica, y, por último, deseo de lograr una estructura regional más equitativa, debido en parte "a fuertes presiones políticas e ideológicas". Esto conduce a Barkin y King a incursionar en las movidas arenas del proceso político mexicano. Exploran, a decir verdad con resultados no siempre claros, los campos siguientes: el papel del Presidente, la ideología de la Revolución, los grupos de interés y la planeación. Para empezar, aceptan el arcano: "Las funciones exactas del PRI, del Presidente y de los grupos de intereses en las decisiones políticas y, sobre todo, en la selección del siguiente Presidente están envueltas en el misterio" (pp. 75-76). Y a poco andar por los terrenos ideológicos, asoma una contradicción: por un lado, postulan que todos los mandatarios del país han acatado ampliamente los principios de la Revolución, pese a que ésta carece "de un conjunto de objetivos consistentes y bien definidos". Por otro, afirman que ha privado en la política mexicana una mezcla de ideología y pragmatismo que responde a las presiones de los grupos sociales. El incumplimiento de varias promesas revolucionarias sólo se explica por el predominio continuado de los grupos hegemónicos. Y si esto es así, se anula la primera proposición.

Los autores ilustran sus aseveraciones sobre la "combinación de ideología y práctica" con los casos de la reforma agraria y del trato que se da a la inversión privada extranjera. En realidad, no podían haber escogido puntos más neurálgicos, pues los dos asuntos son una especie de "prueba de ácido" para cualquier régimen que se precie de revolucionario. Dicen Barkin y King: "...las consideraciones ideológicas han interferido pocas veces de una manera sustancial con el deseo de promover el desarrollo económico y en pocas ocasiones se siguen las políticas adoptadas de una manera doctrinaria... México parece haber evitado que las consideraciones ideológicas lo llevaran a invertir una gran cantidad de recursos en actividades... [de] bajo rendimiento [relativo] en términos de la promoción del desarrollo económico" (p. 77). En las páginas que siguen, los autores explican cómo la reforma agraria ha tenido "un ritmo muy desigual", cómo el reparto de tierras no se ha "acompañado de inversiones en gran escala para mejorar las condiciones productivas en la agricultura en las zonas en que ha ocurrido la redistribución" y cómo, por fin, el sector capitalista de la agricultura se ha beneficiado más con los gastos de capital social básico del gobierno (pp. 77-80). Terminan esta parte explicando el éxito de México al dar un trato a las inversiones extranjeras que le permite "satisfacer los fuertes sentimientos nacionalistas" y a la vez aprovechar los beneficios que aquéllas traen al país.

El examen de los escasos o poco eficaces esfuerzos por implantar un sistema de planeación y la persistencia de un personalismo que, si no tiene ya la fuerza de antaño, todavía afecta la marcha de muchos asuntos económicos y políticos (pp. 82-85), lleva a los autores a estudiar la creación de las comisiones por cuencas hidrológicas como ejemplos de decisiones políticas prácticas. Así, las comisiones se establecieron "para realizar programas específicos que no encajaban claramente dentro de la organización gubernamental existente". Empero, el personalismo influye aún en la marcha de las instituciones; el prestigio y fuerza política del que dirige una comisión resulta determinante para su buen éxito, como lo demuestra el caso de la del Papaloapan (p. 87). Termina el capítulo con la exposición de dos temas cruciales: los objetivos económicos nacionales y los objetivos del desarrollo regional. Destacan aquí algunas ideas importantes: aparte de la contribución de los proyectos regiona-

les al desarrollo de la nación, el gobierno desea el mejor crecimiento regional *per se*, en vista del peligro que representan las desigualdades para la estabilidad política; las metas más explícitas de los proyectos de las cuencas hidrológicas son industrializar las zonas alejadas y reducir las presiones sobre las ciudades principales mediante el acrecentamiento de las oportunidades económicas en las zonas rurales.

Con el capítulo IV acaba la parte general del libro. Se pasa revista a los cuatro proyectos de cuencas hidrológicas en los que "se ha hecho inversión en gran escala durante un largo período", que representan el mayor esfuerzo del desarrollo regional del país: Papaloapan, Grijalva, Tepalcatepec-Balsas y Fuerte. También se alude, por supuesto, a la Comisión del Lerma-Chapala-Santiago y a otras formas de política del desarrollo regional: la Ley de Industrias Nuevas y Necesarias, el establecimiento de Ciudad Sahagún y la promoción de las zonas fronterizas del norte. Hay un cuadro que presenta los gastos realizados por las comisiones desde 1947 hasta 1964 y un mapa que muestra los territorios que abarcan. Se explica la diferente naturaleza de los problemas hidrológicos en las vertientes del Golfo y del Pacífico, lo que determina diversas modalidades en el trabajo de las comisiones respectivas. Ofrece la obra en esta parte una visión general de las vicisitudes y logros de las comisiones; señala las diferencias en las políticas aplicadas, explica los fracasos o errores observados e intenta desentrañar sus causas. Concluye con esta observación: "...los proyectos de las cuencas hidrológicas han sido los únicos intentos importantes sistematizados para desarrollar regiones alejadas de la Mesa Central. . ."

Como ya se dijo, los capítulos V, VI y VII estudian a fondo las experiencias de la Comisión del Tepalcatepec. Abundan en ellos los cuadros estadísticos que permiten evaluar los efectos regionales del organismo promotor. Hay un considerable y seguramente penoso trabajo de recolección de datos y una ingente labor de crítica y ajuste para hacerlos comparables y útiles para los fines del estudio. En los dos apéndices finales se explican los cambios realizados a los datos censales con objeto de analizar el progreso agrícola en Tierra Caliente y el método seguido para elaborar las cifras del beneficio agrícola neto en la misma zona. Incluso se llega, en el capítulo VII, al refinamiento de trabajar con una zona testigo o de control que hace posible medir el progreso que habría tenido lugar sin actividad alguna por parte de la Comisión.

Mucho podría comentarse sobre esta parte del libro, notable estudio de caso que contribuye a aclarar importantes cuestiones relativas al desarrollo visto como un fenómeno de múltiples dimensiones. Empero, para no alargar adicionalmente esta nota ya de suyo farragosa, habrá que limitarse a algunas observaciones generales. Desde luego, trabajos como éste subrayan una vez más la necesidad de actividades y enfoques interdisciplinarios —por desgracia tan raros— cuando se trata de comprender la realidad y luego de transformarla, siquiera sea en pequeña escala. Sin duda, muchas fallas de realización y enorme desperdicio de recursos escasos en países que requieren la más prudente utilización de ellos, son atribuibles a los enfoques unidimensionales, al desconocimiento de que los fenómenos sociales son fenómenos totales. La acción de varios organismos mexicanos de fomento no está ayuna de este tipo de errores, como puede comprobarse a poco que se profundice en su historial y como queda manifiesto en el estudio de Barkin y King respecto a las comisiones.

Otra cuestión muy significativa que cabe señalar es el papel fundamental desempeñado en la cuenca del Tepalcatepec por los prestamistas. El crédito ha resultado ahí la llave maestra para decidir qué se sembrará y en dónde, así como quiénes levantarán la cosecha (pp. 186-187 y 197). Disponibilidad credi-

ticia y ayuda técnica determinan en la Tierra Caliente buena parte de las diferencias económicas y sociales que separan a ejidatarios de agricultores capitalistas (p. 236). Resalta también un efecto favorable: la gestión cumplida por el Banco Nacional de Crédito Ejidal como innovador y diversificador de la economía agrícola regional. Este organismo, prácticamente la única fuente crediticia para el sector ejidal, ha canalizado recursos hacia los productos exportables de mayor valor y ha abierto nuevos caminos a las actividades regionales (pp. 187-192 y 197).

La evaluación final de las actividades promotoras en la cuenca del Tepalcatepec es en general positiva, según Barkin y King. Ha sido apreciable el aporte al ingreso nacional y gracias a las cosechas de algodón y a la posibilidad de sustituir capitales extranjeros por nacionales, el proyecto es proveedor neto de divisas y liberador de recursos productivos. Sin embargo, en términos de los objetivos regionales, hay metas no alcanzadas y finalidades cumplidas apenas, especialmente en el dominio de la industrialización y del progreso difundido con amplitud. El mayor desarrollo agrícola aumentó los ingresos personales en la zona, pero la limitada industrialización hizo que muchos de los efectos multiplicadores se transfirieran a otras regiones. Por otra parte, las pautas evolutivas de la agricultura, mediante la acción de los arrendamientos de parcelas, los sistemas crediticios discriminatorios, la ayuda técnica selectiva y los mecanismos de mercadeo, condujeron a la concentración del ingreso. Frente a tales aspectos negativos, hubo cambios favorables de las actitudes humanas y efectos alentadores no cuantificables de las inversiones sociales hechas por la Comisión. Entre los más importantes de éstos, dicen los autores, está el haber logrado que la zona del Tepalcatepec fuese un foco para las inversiones de otros organismos públicos al atraer la atención hacia ella gracias a sus propias actividades (pp. 231-233).

Rematan Barkin y King su trabajo con síntesis y conclusiones. Presentan los logros conjuntos de los proyectos regionales por cuencas hidrológicas en México. Examinan las razones económicas y políticas que pueden respaldar la promoción del desarrollo en torno a las cuencas. Si los argumentos económicos para hacer de éstas instrumentos coordinadores de las inversiones públicas regionales no son definitivos, acaso se encuentre en los factores políticos apoyo más fuerte para tal estrategia. Así, los autores reconsideran las cuestiones sociopolíticas que conducen a aclarar un tanto el asunto, examinadas casi todas en capítulos anteriores.

No falta aquí la referencia obvia a la "Tennessee Valley Authority", cuyo buen éxito apuntala los argumentos favorables a este tipo de organismos regionales. Tampoco olvidan Barkin y King las razones contrarias a "utilizar una cuenca hidrológica como la unidad de planeamiento" (p. 245). Recuérdese que en México ya se ha debatido este tema. Un autor que ha expresado de antaño su oposición razonada a que se conviertan las cuencas en únicos instrumentos regionales de desarrollo es el distinguido geógrafo Angel Bassols Batalla. Y en este sentido, la conclusión final de Barkin y King parece apoyarlo: "...se necesita una estrategia más positiva que los proyectos de las cuencas hidrológicas para lograr el desarrollo de las regiones atrasadas. El capital general social sólo es una política paliativa y no traerá, por necesidad, el desarrollo consigo. . . Una política regional más eficaz debe también incluir algunas limitaciones sobre la inversión en otras regiones o dar estímulos positivos para invertir en las regiones en desarrollo. . ." (p. 249).

Este libro es de obligatoria lectura para todos los interesados en asuntos socioeconómicos y políticos mexicanos. Aparte los dos apéndices metodológicos ya referidos, lo complementan tres índices muy útiles: de cuadros, de gráficas y analítico. —SERGIO ORTIZ HERNAN.

**INFORMACION COMPARATIVA
SOBRE LOS SISTEMAS CAMBIARIOS
DE AMERICA LATINA**

Estructura de los sistemas cambiarios latinoamericanos. CENTRO DE ESTUDIOS MONETARIOS LATINOAMERICANOS, México, 1971, año I, núm. 1, 72 pp.

Los datos esenciales de los regímenes cambiarios vigentes en 19 países de América Latina han sido compilados en una nueva publicación periódica del CEMLA que lleva por título *Estructura de los sistemas cambiarios latinoamericanos*. Dichos datos han sido dispuestos según un esquema uniforme. La periodicidad de esta nueva publicación puede llegar a comprender tres ediciones al año, aunque ello depende de factores diversos, entre ellos de las exigencias a que obliguen los acontecimientos cambiarios del momento. Se trata de servir a cuantos en la región participan en el comercio internacional, o guardan relación con él, y a quienes se ven afectados por los pagos externos. En realidad, la publicación periódica actualizada de un informe, por países, sobre la situación de los regímenes cambiarios constituye una interesante aportación al fortalecimiento de las relaciones financieras existentes en el seno de la zona y con el resto del mundo. Los bancos centrales y también los bancos comerciales de la región y la Federación Latinoamericana de Bancos (FELABAN) consideran que esta obra que acaba de iniciarse representa un instrumento eficaz para intensificar dichas relaciones y es, además, un útil elemento informativo en la tarea en pro de la integración.

El trabajo sobre la estructura de los sistemas cambiarios latinoamericanos fue iniciado por el CEMLA a mediados de julio de 1970, en virtud de resolución adoptada en la X Reunión de Gobernadores de Bancos Centrales Latinoamericanos, celebrada en Viña del Mar, en abril de 1970. El CEMLA pasó su trabajo en la clasificación que el Consejo Monetario Centroamericano estableció en un estudio sobre el tema, concerniente a América Central, llevado a cabo en octubre de 1969, tal clasificación tuvo el asenso de técnicos de la región y mereció también la colaboración de expertos del Fondo Monetario Internacional y de otros organismos.

El CEMLA hizo un examen detenido del trabajo y encontró apropiado el método empleado para la referida clasificación. Naturalmente, las circunstancias que predominan en países no centroamericanos pueden determinar la conveniencia de clasificaciones distintas de la señalada, según aquellos aspectos que más interesen a los diversos bancos centrales.

Se señala que el Centro de Estudios Monetarios utilizó, en este trabajo, materiales procedentes del Fondo Monetario Internacional, tanto publicados como inéditos, y de otros organismos, como el Consejo Monetario Centroamericano y los propios bancos centrales. En este último caso se valió de la información presentada en la IX Reunión de Técnicos de Bancos Centrales del Continente Americano y de otras diversas fuentes. Todos estos documentos fueron resumidos en un texto que se sometió a la consideración de los gobernadores de los bancos centrales en la XI Reunión, celebrada en Madrid, en septiembre de 1970, y que puede considerarse como una especie de inventario preliminar, de índole comparativa, de los instrumentos cambiarios vigentes en América Latina. El CEMLA, por su parte, trazó las etapas subsiguientes para continuar el estudio del tema. Fue en esa reunión en donde se subrayó el interés porque el Centro de Estudios divulgara ampliamente dicho trabajo, una vez corregido en armonía con las indicaciones de los respectivos bancos centrales, tendientes en especial a poner al día los datos

correspondientes y a disipar las discrepancias que se hubieran registrado.

La banca comercial de los países miembros de la ALALC señaló asimismo su deseo de contar con una compilación de los sistemas cambiarios porque se rigen dichos países; sin embargo, una vez apreciado el esfuerzo acometido por el CEMLA con igual finalidad, acordó, en su IV Reunión, en México, aconsejar que el CEMLA prosiguiera trabajo tan importante.

La información respectiva ha sido proporcionada por los bancos centrales en el lapso comprendido de enero a junio del presente año y el material de este primer volumen corresponde a tales datos.

Se trata solamente de un ensayo inicial y se proyecta hacer recopilaciones sucesivas de información cambiaria que abarque los 10 días que antecedan a cada edición. En lo que concierne a los tipos de cambio contenidos en este primer número, el dato de cotización que se reseña se refiere al del último día de que se dispuso en el CEMLA antes de comenzar la impresión (25 de junio del corriente año).— ALFONO AYENSA.

**UNA INTERPRETACION DEL
SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO**

El antidesarrollo de América Latina, SERGIO DE LA PEÑA, Siglo XXI Editores, S. A., México 1971, 205 pp.

La teoría y la filosofía del desarrollo económico se han venido formando en todos estos años, al par que el proceso mismo en tanto correspondencia al concepto se ha venido diferenciando, con las aportaciones de los más variados autores, entre los cuales los latinoamericanos ocupan, a pesar de todo, un lugar importante. Sergio de la Peña se incorpora ahora formalmente al grupo con este ensayo, que se nutre en parte con lo significativo de aquellos aportes y a su vez propone nuevos elementos que enriquecen el esquema descriptivo e interpretativo.

Si el término subdesarrollo molestó la susceptibilidad de los sectores triunfalistas de Latinoamérica —no por cierto en razón de que implicara cierto mecanicismo en la concepción del avance de los pueblos, sino, claro, porque parecía de segunda clase en comparación al elegante y eufemístico en vías de desarrollo— el *antidesarrollo* de Sergio de la Peña les parecerá brutal; y en efecto lo es, por su correspondencia directa a la realidad que vivimos (recordemos que A. Gunder Frank utiliza ahora el término *lumpendesarrollo*).

Una metodología para la interpretación del desarrollo propone en la parte central de su libro Sergio de la Peña; en ella, el autor hace explícita claramente una concepción materialista actualizada de la dinámica social, al utilizar las categorías de *infraestructura*, *cuerpo social* y *superestructura* para explicar el fenómeno. Por aproximaciones sucesivas, propone una metodología adaptada al funcionamiento en el tiempo de un sistema de dos sociedades, una central y otra dependiente, cada una con sus propias contradicciones internas, pero a la vez con influencias recíprocas entre ellas, todo lo cual condiciona su devenir histórico. Le llama "modelo abierto", proveniente en la exposición de un "modelo dinámico" y más atrás de un "modelo estático", por lo cual los supera y es más completo que ellos. En el modelo abierto se muestran las dos sociedades, una hegemónica y otra dependiente, en estrecha simbiosis, en diferentes tiempos históricos, con sus respectivos elementos constituyendo todos un juego de interrelaciones múltiples, estructurales.

Desde luego, lo esencial a largo plazo está constituido por las infraestructuras de las dos sociedades, en sus contradicciones internas y en los contactos y relaciones entre ellas; así ellas determinan las características de los cuerpos sociales de ambas sociedades y de los variados fenómenos que componen sus superestructuras.

Para cada una de las sociedades:

la idea central del modelo abierto consiste en que se establecen tres dimensiones de funcionamiento de la sociedad que operan en forma interdependiente. La primera es la del funcionamiento interno de la sociedad, la segunda, la de su evolución a lo largo del tiempo y la tercera, la de su relación con el resto del mundo. Cada una de estas dimensiones plantea un conjunto de interacciones propias de ese nivel o de ese aspecto del fenómeno social y recibe influencias en diverso grado y forma de las otras dos dimensiones.

De esta forma, una sociedad dependiente se ve sujeta por un lado a la influencia de la sociedad central y, por el otro, va generando dentro de sí las contradicciones inherentes al funcionamiento de sus propios elementos (distorsionados ya por aquella dependencia). De la Peña dice:

El examen paralelo y simultáneo de la dinámica del fenómeno interno y la de la sociedad que representa la principal influencia exterior, facilita la identificación no sólo del efecto que han tenido los grandes acontecimientos internacionales sobre el devenir del país, tales como las crisis, las luchas y los auges, sino también los mecanismos de transmisión de los impulsos, las resistencias generadas y las deformaciones del desarrollo a que han dado lugar, entre otros. Con este valioso conocimiento, es posible comprobar la forma e intensidad de las influencias exteriores en diversos momentos históricos, lo que permite enriquecer la capacidad de análisis del modelo y, eventualmente, diseñar formas de regulación y de utilización positiva de esas influencias.

Sin espejismos, esta metodología permite evaluar las posibilidades reales de ambas partes del sistema, quedando en ello siempre en desventaja la sociedad subdesarrollada; su condición depauperada se explica en la bonanza de la sociedad capitalista central y nunca alcanzará a ésta si permanecen constantes los lazos que las unen; no existen las etapas mecánicas que necesariamente llevan al progreso; una sociedad es el ser y la otra el antiser, una es el desarrollo y la otra el antidesarrollo.

Al caracterizar el proceso de subdesarrollo latinoamericano, el autor pone en evidencia las conclusiones anteriores. Al postular que "el subdesarrollo consiste en la forma de funcionamiento de las sociedades atrasadas", es posible observar cómo el sistema está estructurado de tal forma que se asegura a la sociedad capitalista desarrollada la extracción del excedente económico generado en la sociedad atrasada, con la cooperación entusiasta de los sectores que dentro de ésta imponen sus decisiones al conglomerado social. Así, aun las funciones económicas que dan dinamismo a los países capitalistas avanzados, la formación de capital y el progreso técnico, por ejemplo, se ven distorsionados en el ámbito del subdesarrollo. Además, a nivel de la superestructura todo se condiciona para la preservación de este *statu quo* que beneficia en primer lugar a la potencia capitalista central y, también, a sus aliados criollos.

Se pasa así a la interpretación histórica del subdesarrollo latinoamericano, para identificar los elementos que han estado presentes a través de la existencia de nuestra región y las influencias que los vestigios de tiempos pasados van ejerciendo

en la dinámica presente. La constante que se observa desde la conquista española (cuando se establecieron tales relaciones de dependencia que "desembocaron en el subdesarrollo de ambos componentes") es como la región no ha logrado resolver positivamente las contradicciones internas y externas que se dirigen en contra de un desarrollo autónomo. Incluso las posibilidades coyunturales de un desarrollo capitalista con menor dependencia se han desaprovechado y, al contrario, se ha pasado de una dependencia externa a otra peor y de un sojuzgamiento interno a otro más brutal interno también. Por estas razones, el autor rechaza otra solución al subdesarrollo que no sea la "transformación de la esencia misma de esta forma de funcionamiento", que va más allá, desde luego, de la situación de los regímenes militares nacionalistas de Perú y Bolivia, por ejemplo.

Por su importancia conviene destacar los factores básicos de la definición de desarrollo económico que delinea Sergio de la Peña y que deben tomarse en cuenta al examinar el proceso. Expresa su convencimiento de la necesidad de hacer hincapié todavía en los "aspectos materiales del mismo por prevalecer la miseria en la mayoría de las sociedades atrasadas... perc también habrá de incorporarse al concepto de dinámica del *conflicto social*", la cual refleja, entre otras cuestiones, la eficiencia de la organización social en relación con los medios de solución, de contención, represión o sublimación de las fricciones asociadas al cambio".

Y éstas son en verdad las auténticas cuestiones sociales que, si evolucionan favorablemente, representan el verdadero desarrollo social de los pueblos. Este no está constituido por los aspectos de salubridad, educación, etc., que conspicuos organismos internacionales y entidades nacionales califican como desarrollo "social", cuando en realidad no son sino los aspectos en que se concreta el magro desarrollo material hasta ahora alcanzado. Se comprende, pues, que el verdadero desarrollo social, por explosivo, esté vedado para los pueblos dependientes y que sean fútiles los intentos de reformar el sistema si no se libera la energía potencial contenida en el cuerpo social, en vez de reprimirla y tratar de graduar su manifestación utilizando un hábil sistema de equilibrios y contrapesos (no los de Montesquieu precisamente.— JUAN JOSE HUERTA.

DOS OPINIONES SOBRE UN ANALISIS POLEMICO DE LA AYUDA AL EXTERIOR

Aid as Imperialism, TERESA HAYTER, Penguin Books, Londres, 1971, 222 pp.

Primera opinión

Este libro examina los esfuerzos de los organismos financieros internacionales para ejercer presiones sobre los países receptores de créditos. Concretamente, trata de describir la influencia que ejercen sobre los países en desarrollo los organismos como el Banco Mundial (BIRF), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Agencia norteamericana para el Desarrollo Internacional (AID), y el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso (CIAP). El análisis se concentra en las acciones de estas entidades en América Latina. La tesis principal del libro es que las veneradas instituciones internacionales, como el BIRF, están tan preocupadas por sus propios objetivos que no solamente estorban el desarrollo económico de sus clientes, sino que llegan a desviarlo para tratar de crear sociedades que se correspondan mejor con los criterios que caracterizan a un buen sujeto de crédito ("ayuda").

Así, el profesor Sutcliffe, de la Universidad de Oxford, explica en su presentación del libro:

La existencia misma del Banco [BIRF] requiere que se evite la falta de cumplimiento de las obligaciones financieras, lo que, en una emergencia, es incapaz de asegurar. Sin embargo, esto sí pueden hacerlo Estados Unidos y otros gobiernos occidentales. Por esta razón, la política del Banco es, inevitablemente, parte integral de las políticas hacia los países subdesarrollados de los países occidentales capitalistas. Uno podría esperar, entonces, que las posibilidades de ejercer presiones del Banco se usarán de tal manera que favorecerían al capitalismo y al libre comercio y estarán en contra del socialismo y del nacionalismo económico.

Este pequeño libro no habría tenido tanta circulación si no hubiera sido escrito por una antigua empleada del Overseas Development Institute (ODI) de Inglaterra, quien, bajo contrato con el BIRF, escribió un informe que examina "las actividades que suponen una estrecha relación entre las agencias internacionales y los países latinoamericanos" y analiza "la posible función de las instituciones internacionales y de la ayuda económica como elementos catalizadores para el desarrollo, proponiendo que se trata de algo más que una simple transferencia de recursos o la promoción de proyectos aislados" (p. 193). Su publicación, para circulación masiva, como un "Pelican Original" se debe precisamente a la reacción del BIRF frente a lo que resultó un informe crítico, que cuestiona la imagen pública del Banco Mundial como una institución apolítica. El ODI se opuso a su publicación y el resultado ha sido esta edición comercial de mucho mayor circulación que la que hubiera podido tener como un informe oficial más sobre la "ayuda".

Las reacciones ante el libro, que ha sido un "best seller" entre los empleados y funcionarios de los organismos sujetos a estudio, han sido variadas. Parece que la gama de opiniones van desde la que afirma que "no hay nada de nuevo en este libro; todo el mundo sabe cómo actúan los organismos y está de acuerdo con ello" hasta la que pregunta "¿qué tiene de malo el imperialismo [cuando estimula el crecimiento de las sociedades atrasadas]?" Estas reacciones personales están combinadas con el resentimiento de muchas de las personas con quienes la autora habló durante su investigación, las que afirman que plagió sus ideas y las usó para distorsionar la imagen pública de las instituciones.

El libro se integra por cuatro capítulos y un apéndice que describe los esfuerzos para impedir su publicación. Contiene numerosas notas de pie de página que en conjunto dan una buena lista de la literatura sobre políticas de desarrollo, que incluye no sólo los documentos oficiales de las agencias sino también los libros y artículos de los estudiosos del tema, para dar una idea de la amplitud de las críticas y defensas de las políticas de "ayuda". El primer capítulo es una introducción a la problemática de la ayuda. Se discuten las ideas sobre la función y posición que corresponde a las agencias crediticias frente a los gobiernos receptores. La discusión internacional sobre este tópico ha sido amplia y crítica, pero no parece haberse determinado con claridad cuál debe ser esa función y esa posición.

El segundo capítulo, el más extenso del informe, describe las actitudes y las actuaciones de las cinco entidades mencionadas frente a los gobiernos en los países subdesarrollados. El FMI está bastante preocupado por el equilibrio en la balanza de pagos y su insuficiente comprensión de un contexto más amplio de políticas socioeconómicas ha llegado a causar problemas diplomáticos para las demás instituciones, como en el caso del rechazo de sus consejos por el presidente Lleras Restrepo de

Colombia en 1968. El BIRF ha evolucionado para ejercer una influencia creciente en las decisiones de política económica de los países receptores, al atribuirse a sí mismo una mayor responsabilidad por el desarrollo de los países pobres. Su actuación ha estado estrechamente coordinada con la del FMI (que ocupa el mismo edificio en Washington) y, en el caso colombiano mencionado arriba, el BIRF pudo detener completamente el flujo de fondos privados de Wall Street destinado al gobierno de Lleras para reforzar las presiones en favor de una devaluación y de las políticas complementarias que había recomendado el FMI. La AID es el organismo que ejerce presiones más abiertamente. Sus propias publicaciones esclarecen la necesidad y naturaleza de las que considera "políticas apropiadas", y sus misiones permanentes en cada país vigilan las políticas económicas. El BID ha resistido mucho más los esfuerzos para comprometerlo en operaciones de presión, pero no parece probable que esté en posición de apoyar a países cuyas políticas estén en conflicto con las de las otras instituciones. Finalmente, el CIAP es una entidad bastante interesante por su actitud crítica frente a las políticas tanto de los gobiernos latinoamericanos como de las agencias internacionales. Pero como Hayter apunta al final del capítulo, "el peso del CIAP, debido a que no tiene facultades para decidir la asignación de los recursos, es poco más que moral".

El tercer capítulo está dedicado al examen de varios casos específicos que muestran la forma en que las agencias internacionales ejercen presiones sobre los países receptores. En Chile, la inflación endémica era una preocupación principal, pero la AID quiso evitar una victoria del FRAP durante las elecciones de 1964 y cuando Frei resultó electo lo apoyó ampliamente. Hubo recursos para la chilénización del cobre, una política más del agrado de las compañías norteamericanas que la nacionalización, y para otras medidas de beneficio social, incluyendo la reforma agraria. Cuando surgieron los problemas de inflación con crecimiento económico, las actitudes del BIRF y del FMI con respecto a la reforma agraria se modificaron: recomendaron una reducción en el ritmo de reparto de la tierra por ser demasiado costoso y porque podría amenazar la producción agrícola nacional. La autora concluye que, "ante la encrucijada, Chile parece haber abandonado muchas de sus políticas expansionistas y reformistas y haberse puesto del lado de las agencias internacionales". En Brasil, el apoyo a Roberto Campos, quien se caracterizó por ser "más papista que el Papa" en términos de ortodoxia moralista, es un ejemplo de la coordinación de las tres grandes agencias que logró una "identidad básica de ideas" con el gobierno nacional para poner en práctica el punto de vista "internacional". Este punto de vista tenía en el fondo una preocupación básica: complacer a los acreedores internacionales. En Perú, el gobierno de Belaúnde Terry planeaba grandes proyectos de inversión y manifestó gran impaciencia frente a las demoras del BIRF y del BID para aprobar los financiamientos respectivos. El BID actuó con cierta liberalidad y financió proyectos "más riesgosos" que el BIRF; la AID, por su parte, se esforzó mucho para proteger los intereses de la International Petroleum Company, la W. R. Grace, y los pescadores norteamericanos, con la intervención, de vez en cuando, de la subsidiaria de la International Telephone and Telegraph Company.

En el último capítulo, Hayter concluye que "cualesquiera que sean las razones, las agencias internacionales siguen en realidad políticas que desvían la atención de, y muchas veces entran en conflicto con, las acciones para mejorar las condiciones de vida de la mayoría de los latinoamericanos" (p. 155). La primera preocupación de las agencias es la estabilización de la economía; las políticas para conseguirla dan lugar a bajas tasas de crecimiento económico y, en algunos casos, hasta disminuciones en los niveles de vida. El gasto tiende a concentrarse en

las grandes ciudades y hay presiones para que las "políticas de austeridad" afecten antes que nada los gastos de beneficio social; la agricultura recibe baja prioridad y la reforma agraria se evalúa por sus efectos productivos a costa de sus efectos redistributivos. Las políticas de estabilización tienden también a reducir el empleo, sobre todo en el sector público (Hayter menciona el caso de la recomendación para despedir a 70 000 empleados de los ferrocarriles argentinos, con la sugerencia de que los cesantes debían "regresar al campo", donde nunca habían estado). La segunda prioridad de las agencias es el crecimiento, y la tercera, "diversas cuestiones cuya importancia los funcionarios internacionales admiten... pero... cuando se trata de adoptar políticas prácticas se olvidan casi por completo de la distribución del ingreso, el empleo, la salubridad, la educación, la agricultura y, en general, las condiciones materiales y sociales de vida de los grupos pobres rurales y urbanos" (p. 162).

Reformas o revolución en América Latina constituyen la alternativa que la autora examina finalmente. Se muestra bastante pesimista respecto de la primera posibilidad, porque para ser efectiva tendría que cambiar la estructura actual de poder. Pregunta si los problemas actuales "pueden resolverse, habida cuenta del marco institucional, tanto interno como externo, y de las relaciones económicas existentes" (p. 166). La vía revolucionaria enfrenta en todo momento la oposición internacional, por el peligro de que se encamine hacia el socialismo y ponga en peligro el cumplimiento de las obligaciones financieras existentes. Como consecuencia, Hayter concluye diciendo que "por el momento, las posibilidades reales políticamente determinadas, son seguir las actuales políticas de las agencias internacionales o renunciar a recibir ayuda" (p. 192).

Aunque el libro deja mucho que desear en términos de calidad o profundidad del análisis de la información, constituye un interesante complemento (*contrario sensu*) al Informe Pearson, patrocinado por el BIRF; al Informe Peterson, patrocinado por la AID, y al Informe Prebisch, patrocinado por el BID. Sin duda, será leído por todos los que "ya saben lo que dice" dentro de los organismos internacionales. Desgraciadamente, quizá será menos numeroso el público independiente que lo conocerá. Es de esperarse que esté disponible en español dentro de poco y es recomendable su lectura a todos los interesados en saber algo sobre las influencias de las organizaciones financieras internacionales dentro de su vida cotidiana.— DAVID BARKIN.

Segunda opinión

Por primera vez en 1971, el Banco Mundial ha proporcionado un mayor volumen de ayuda económica a los países en desarrollo que el Gobierno de Estados Unidos. Este hecho, que sitúa al Banco como la principal y más prestigiada fuente de ayuda, hace particularmente oportunos los punzantes ataques de Miss Hayter contra el Banco. Desafortunadamente la fuerza del ataque de Miss Hayter (hija de un antiguo embajador británico en Moscú), quien se ha movido rápidamente, en años recientes, del liberalismo a una posición radical, se ve mermada por el deseo de escribir una *mea ex culpa*. El lector debe pasar a través de un grueso fajo de memoranda y correspondencia entre su anterior patrón, el Overseas Development Institute, de Londres, entidad de investigación especializada en problemas de ayuda, y el Banco Mundial, para llegar a lo esencial del argumento.

Miss Hayter nos dice que el Banco, junto con el Fondo Monetario Internacional y la Agencia norteamericana para el Desarrollo Internacional, representan las fuerzas del imperialismo en la medida en que presionan a los países pobres. Están a

favor de políticas económicas y monetarias conservadoras en beneficio de la inversión extranjera privada y los sectores privados nacionales, así como de la estabilidad monetaria, lograda mediante la deflación, la devaluación y el desempleo. Están en contra de la nacionalización sin compensación, de la reforma agraria radical y del comercio controlado por el Estado. Muchos, pero no todos estos argumentos, son ciertos y uno se pregunta por qué alguien debiera sorprenderse. Inherente a las relaciones de ayuda es la influencia que el donante ejerce, o pretende ejercer, sobre el receptor. La ayuda multilateral tiene su propia ideología y criterios. No es menos "política", como siempre se arguye, que la bilateral, sino que simplemente es más aceptable políticamente para los dirigentes de los países pobres. La insistencia en los criterios de eficiencia económica puede, algunas veces, ser más rígida en la ayuda multilateral que en la bilateral, la que posiblemente esté más inclinada a financiar proyectos sociales cuya redituabilidad es dudosa.

Miss Hayter emplea cuatro ejemplos de países latinoamericanos (Brasil, Chile, Perú y Colombia), para señalar la influencia que el Banco Mundial y otros donantes ejercen sobre sus políticas económicas internas. Existen muchos otros ejemplos, incluyendo algunos de naturaleza política más explícita, como la renuencia del grupo del Banco Mundial a otorgar ayuda económica al actual gobierno de Paquistán después de la matanza de Bengala. Lo que no se demuestra en estos y otros ejemplos es que el Banco y sus amigos (que a menudo difieren entre ellos mismos), están ejerciendo a propósito o por accidente, una influencia regresiva en los países que deciden aceptar su orientación. Dado que varios países que la autora usa como ejemplo, han rehusado aceptar asesoría del Banco, pero aún reciben su ayuda, el carácter pernicioso de la influencia de éste no es evidente. De hecho, lo que se necesita es establecer criterios claros, públicos y explícitos que permitan medir el funcionamiento económico de los receptores actuales y potenciales. Mi preferencia en este sentido es que tal medida fuese determinada por la capacidad de los gobiernos para comprometerse y lograr exitosamente un desarrollo económico acompañado de una más equitativa distribución del ingreso.

Miss Hayter no espera ni una reforma dentro del Banco y de las políticas que aplica, ni el establecimiento de transferencias automáticas de recursos de países ricos a países pobres. En cambio la autora aconseja a los países pobres la nacionalización con miras a obtener una autosuficiencia económica, en espera de una "solidaridad socialista internacional" que ofrezca cooperación económica en nuevos términos. Ignora que la nacionalización es una de las primeras medidas del nacionalismo económico, que puede adoptarse, especialmente en América Latina, tanto por fuerzas derechistas como izquierdistas. En Argentina el mayor consorcio industrial, que agrupa a la mayoría de la industria del acero, pertenece a una compañía propiedad de militares. Una economía autosuficiente constituye para la mayoría de los países pobres un objetivo absurdo, en tanto que sus mercados nacionales pueden sostener solamente un nivel mínimo de sustitución de importaciones. Cualquiera que conozca los términos de ayuda y comercio entre la Unión Soviética y los estados de Europa oriental y los países pobres sabe muy bien que las prácticas comerciales estrictas se imponen a cualquier noción de "solidaridad socialista".

El Banco Mundial nos ha hecho un favor tratando, aparentemente, de evitar la publicación de este estudio por el ODI. Como resultado de lo anterior, el estudio es más accesible y alcanzará a un mayor número de lectores que si se hubiese impreso privadamente como monografía. Desafortunadamente, no contribuye en mucho a la necesaria discusión de en qué forma puede otorgarse una ayuda más ventajosa para los países receptores. La alternativa frente al Banco Mundial no es "la

solidaridad socialista internacional" pero sí una política más abierta, honesta e inteligente del Banco y de los países receptores.—AARON SEGAL.

UN EXAMEN DEL DESARROLLO INDUSTRIAL DE MEXICO

Las industrias motrices o propulsoras de México, condiciones indispensables para un desarrollo armónico o equilibrado, SALVADOR RAFAEL ROMO P., Escuela Nacional de Economía, UNAM (tesis profesional), México, 1971, 171 pp.

El autor se refiere, en los dos primeros capítulos, a la fuerza impulsora que imprime al crecimiento económico equilibrado de un país el desarrollo de las industrias que el economista francés François Perroux considera como "industrias motrices", esto es, aquellas que, por sus características, producen efectos sobre el resto del sector industrial que son fundamentales para el incremento de la actividad de las diferentes ramas que lo integran, efectos que se canalizan, como es obvio, por medio de la demanda de dichas industrias de los productos elaborados por las demás o por conducto de la oferta o a través de ambas. Hace constar que las denominadas "industrias motrices" presentan también los siguientes aspectos: una tasa de crecimiento de su producto y de su productividad superior al promedio del sector industrial, y a veces superior a la tasa del producto nacional bruto, y una participación creciente en el producto industrial. Tales efectos o resultados positivos de la influencia que las actividades motrices o propulsoras transmiten a las actividades impulsadas han de ser continuos y generar una reacción en cadena, cuyo primer eslabón son las industrias en crecimiento y el último lo constituye el consumidor.

Recoge en esta parte de su tesis el criterio sustentado por Rostow, según el cual en la etapa del "despegue" una de las características más notorias es el aumento de la tasa de crecimiento de la población como efecto del descenso en la tasa de mortalidad, debido a mejores condiciones de sanidad, asistencia, etc.; así, la tasa de desarrollo se puede considerar como el cociente de dividir la tasa de crecimiento del producto nacional bruto entre la tasa de crecimiento de la población.

El capítulo III lo dedica a examinar aspectos del llamado crecimiento armónico o equilibrado, y señala que una política tendiente a lograrlo, que es, a juicio del autor, la única posibilidad para obtener un desarrollo sustancial en los países subdesarrollados, busca optimizar el efecto de un incremento en la inversión a niveles macroeconómicos. Pero para que sea posible aplicar una estrategia de desarrollo equilibrado es necesario que el país haya logrado ciertos avances en materia económica, que asimismo cuente con una infraestructura básica lo suficientemente extensa, que permita eliminar los islotes económicos, los cuales son, en sí mismos, una prueba de desequilibrio. La medida que determinará si la estrategia ha sido aplicada con acierto o no, será la tasa de desarrollo de la nación, esto es, no exclusivamente la tasa de crecimiento del producto, sino ésta relacionada con la tasa de crecimiento de la población.

Subraya el desequilibrio existente entre el sector agrícola y el sector industrial: la población campesina vive generalmente en un nivel de subsistencia, con ingresos que no le permiten satisfacer más allá de sus necesidades básicas, y, evidentemente, no puede estar en condiciones de demandar artículos con alto contenido de valor agregado derivados de la actividad industrial; por lo tanto, no dispone tampoco de un excedente económico que le permita ahorrar. Opina que el problema de la agricultura

nacional no es tanto de productividad, como de demanda; por ejemplo, la demanda externa disminuyó, de 1945 a 1955, y pasó de una tasa media anual de crecimiento de 12.9% a 3.9% anual de 1956 a 1966. La producción agrícola se ha orientado en la última década hacia el consumo interno, lo que fortalece la idea de ampliar el mercado nacional. La producción agropecuaria para el consumo interno ha subido de un índice de 119 puntos en el período 1963-1964 a 152 puntos en 1966-1967, mientras que para exportación sólo aumentó de 115 a 125 puntos, en dichos períodos. En 1965, el 51% de la fuerza de trabajo se dedicó a las actividades primarias y produjo el 17% del producto nacional bruto, mientras que el 15% de la fuerza de trabajo se dedicó a la industria de transformación y produjo cerca del 30% del producto nacional bruto. La productividad de la mano de obra por trabajador, en pesos de 1950, en las actividades primarias, fue de 2 519 pesos en 1965, mientras que en el sector industrial en el mismo año fue de 12 268 pesos por trabajador. El campesino produce el 20% de lo que produce el obrero; de ahí, el gran atraso y la pobreza de los habitantes en el medio rural.

En el capítulo IV enumera las disposiciones legales que han regido en México con el fin de impulsar la industrialización, partiendo de la fundación del Banco de Avío, en 1830, hasta las actuales regulaciones contenidas en la legislación de fomento industrial vigente. Como consecuencia de las medidas proteccionistas y también del desarrollo tecnológico, se ha alcanzado una tasa anual promedio del volumen de producción industrial de alrededor de 8%, o sea, 25% mayor que la tasa promedio de 6% anual de crecimiento del producto nacional bruto.

Esboza luego una relación de algunas de las actividades que se pueden calificar como "motrices" en el sentido apuntado al principio de esta nota, y dedica la atención que merece a la minera, a la del petróleo, a las industrias químicas —destacando a la petroquímica— a la de los metales, a la siderurgia, a la automotriz, a la fabricación de maquinarias, a la textil, a la de productos alimenticios, etc., y afirma, en conclusión, que el factor medular del cual depende en última instancia el crecimiento económico de un país en proceso de desarrollo, como México, es la expansión del mercado interno, lo que tiene especial validez en cuanto se refiere a la industria manufacturera, debido básicamente a la dificultad a que sus productos se enfrentan al tratar de competir en los mercados exteriores con productos de mayor calidad y más bajo precio. Agrega que la creciente participación de la población urbana dentro de la total del país es una condición necesaria para la ampliación del mercado interno, siempre y cuando la industria y los servicios sean capaces de absorber el excedente de población rural que busca nuevas fuentes de ocupación en los núcleos urbanos. Así, para que México continúe creciendo a un ritmo acelerado, la industria debe ser capaz de absorber el exceso de mano de obra proveniente del sector agropecuario; a tal fin, estima que el gobierno, valiéndose de programas, como los de obras públicas, debe aumentar la demanda efectiva y mejorar la distribución personal del ingreso, aún muy desequilibrada.

En síntesis, manifiesta que los poderes públicos deben seguir impulsando con medidas de fomento industrial las industrias propulsoras o motrices y aquellas otras que, aunque no lo sean, permitan obtener divisas por medio de la exportación; modificar la estructura de la producción agropecuaria, pues en numerosos casos dicha producción ha excedido al consumo, y se enfrenta a precios ruinosos en el mercado externo; establecer zonas industriales que incorporen a la producción mano de obra barata, y que, consecuentemente, creen nuevos centros de consumo y perseverar e intensificar la presente política de educación técnica y superior para capacitar personal técnico especializado.—ALFONSO AYENSA.